

con las impuras ondas del gran Nilo;  
el Jordán te está abriendo sus orillas.

El día, en fin, se acerca  
en que verás los prometidos campos;  
Gessén verá cual huyen,  
á pesar de sus fuertes enemigos,  
las tribus prisioneras tanto tiempo.

»Bajo de las facciones infantiles  
de un niño en el gran Nilo abandonado,  
del Sinaí se esconde el elegido,  
profeta de las plagas  
que una doncella de las aguas libra.  
¡Oh mortales! Vosotros cuyo orgullo  
desconoce lo Eterno,  
postraos de rodillas. Una cuna  
el pueblo de Israel á salvar viene  
y una cuna también salvará al mundo.»

Febrero, 1820.

## ODA CUARTA

## LA ABNEGACIÓN

En la ciudad, la peste devoraba  
todo lo mortal; en el cielo, ninguna  
nube se presentaba á los ojos.  
Pero las casas estaban llenas de  
cuerpos exánimes, y los caminos  
de entierros; ni el sexo ni la edad  
estaban exentos de peligros.

TÁCITO.

## I

¡Doy gracias al Señor; me dió la vida!  
La vida es grata al hombre entre los dones  
del cielo; diariamente bendecimos  
al Dios que nos convida á los banquetes  
de ajeno y miel. Se mezcla á las cadenas  
que nos atan un lazo  
de flores; por llegar entre los otros  
á envejecer, todo hombre se resigna  
á padecer; la luz del sol nos gusta,  
nos embriaga el aire de los cielos.

Al Señor rindo gracias;  
la dicha de vivir es la que hace  
la gloria de la muerte.

¡Desgraciado el mortal que, triste víctima,  
muere sin que un hermano viva salvo,

para cerrar de nuevo ante su cuerpo,  
 cual romano sublime,  
 el antro en que se pierden sus pisadas!  
 ¡Infortunado el pueblo de anatema  
 presa, que, consumiéndose á sí mismo,  
 ve perecer su nombre con su orgullo  
 sin que toda la tierra á su caída  
 se incline, sin dejar bello recuerdo  
 encima sus ruinas, como antorcha  
 encima de un sepulcro!

## II

Cuando de Dios, cansado de maldades,  
 formidable la cólera despierta,  
 suscita en las ciudades un azote  
 que, después de su paso,  
 un miedo secular deje en los muros  
 por tiempo inhabitados.  
 De un germen vil, que en su demencia ignoran  
 los pueblos, un gigante amarillento,  
 inmenso espectro, entre ellos sale y crece;  
 y la ciudad pretende huir; y el monstruo,  
 fiel como horrible esposo, con su ala  
 la cubre y en sus brazos  
 asquerosos la estrecha.

El pueblo en masa, entonces,  
 bajo el mal que fermenta,  
 cae, como la nieve en copos blancos  
 en nuestros campos cae; todo perece,  
 y doquiera la muerte que se nutre  
 renace en los cadáveres fecundos.  
 Encadena á sus víctimas el monstruo  
 una con otra, y al abismo arrástralas

y se alimenta de sus flacos restos;  
 y entre hogueras, el luto y las ruinas,  
 los vivos sin abrigo, como sombras  
 impuras, van errando  
 lejos de los cadáveres sin tumba.

Cuando se abría el circo, en días fúnebres,  
 los romanos, en paz, por sus lictores  
 protegidos, veían desde lejos  
 luchar á los cautivos de las guerras  
 contra los tigres del desierto juntos.  
 Así se une los pueblos en su espanto;  
 sube hasta el cielo tembloroso un grito  
 de mar en mar llevado en lontananza.  
 El mundo armado, por temor á la hidra  
 de alas veloces, ve bajo el azote  
 aquellos homicidas moribundos,  
 y entonces amenaza, y es por miedo.

## III

Pues entonces, ¿no es cierto, sibaritas  
 de las ciudades, que los goces todos  
 son más dulces, mejores los placeres,  
 cuando un mal más aciago  
 que las guerras civiles  
 siembra en otras moradas los dolores?  
 De la capa abrasada, á la que infecta  
 inmundo germen, lejos,  
 ¡con qué encanto en el lecho, de perfumes  
 rociado, duerme el hijo de este mundo!  
 ¡Cuánto mejor se saborea el aire  
 saturado de vida, cuando llora  
 en duelo un pueblo que nos tiene envidia  
 y un mortífero viento aspira fuera!

Cada uno absorbido permanece  
 en un círculo efímero; la madre  
 al hijo abraza en paz que le sonrío,  
 sin indagar los sitios en que el seno  
 de una madre es mortal para su hijo.  
 Cierta piedad vulgar, entre las fiestas  
 de la noche anterior y las del día,  
 se despierta en el fondo de las almas,  
     que tales son los hombres:  
 compadecer les importuna, y junto  
     á un infortunio inmenso,  
 sin detenerse siguen su camino.

## IV

No obstante, algunos hombres,  
 por un secreto fuego entusiasmados,  
 salen de entre la turba; y todos buscan  
 en su mirada qué inmortal augurio,  
     qué porvenir sublime  
 brilla en su alegre frente. ¿Les esperan  
 tal vez ruidosos triunfos? ¿Qué esperanzas  
 embriagan su alma? ¿Qué tesoros?  
 ¿Qué bien, qué dicha? ¡Ay! ¡Siempre lo mismo!  
 En este mundo estéril, si aparece  
 la virtud, por su aspecto sosegado,  
 la confundimos siempre con la dicha.

¡Oh pueblos! Tales hombres, que un Dios guía,  
 van con su ayuda á combatir tan sólo,  
 con radiante mirada y paso firme,  
 el azote ante el cual el mundo huye.

Dadles el adiós último;  
 y vosotros, sus padres, sus esposas,  
 sus madres, contened las tristes lágrimas.

Dejad que cada víctima se ofrezca;  
 y no les persigáis con temerarios  
 lamentos. ¿Debería, por ventura,  
 preferir cualquier hermano suyo  
 á aquellos por los cuales morir puede?

La ciudad solitaria para ellos  
 abre sus puertas. Mil espectros vivos  
 con lágrimas los llaman, sorprendidos  
 de que aún haya un mortal sobre la tierra  
 que acuda al grito de dolor que lanzan.  
 Hablan; su acento tranquiliza y guía  
 ya á aquellos pueblos que un azote lívido  
 con férreo brazo empuja hacia la tumba,  
 y el monstruo, en las murallas que él oprime,  
 al verse acometido se estremece,  
 lo mismo que Satán se estremeciera  
 al ver que, salvador y á un tiempo víctima,  
 un Dios apareció dentro su infierno.

Contemplan á la hidra no abatida,  
 de cerca y resignados á su suerte,  
 para arrancarle sus secretos, su arte  
 le disputa la vida ó la interroga  
 en la muerte. Y cuando sus auxilios  
 resultan vanos, su oración consuela.  
 El moribundo cree en su palabra  
 que el cielo no desmiente; y si la misma  
 muerte al fin hiere su cabeza, impávido,  
 su humilde voz de apóstol no enmudece  
 hasta el suspiro último del mártir.

## V

¡Oh mortales dichosos en exceso!  
     ¿Quién podría extinguirlos,

si domáis, afrontándola, la muerte?  
 Cuando en su admiración ósa la turba  
 compadeceros, yo en pos de vosotros  
 voy llorando de envidia. ¡Desdichado!  
 ¡Jamás yo, como víctima espontánea,  
     iré á salvar la tierra  
 desafiando asolador azote,  
 ni, suavizando su dolor mortífero  
 con mis cuidados, á mezclar consuelos  
 y santas oraciones al impuro  
 fétido aliento del agonizante!

¿También por mis hermanos ¡ay! no puedo  
 inmolarme? ¿No quedan ya oprimidos?  
 ¿No hay ya verdugos? ¿Dentro qué mansiones,  
 sobre qué cadafalco nobiliario  
 puedo buscar la muerte de los héroes?  
 ¡Que rompiendo mi cuerpo la tortura  
 sangrienta, puesto en cruz, la hiel ofrezca  
 á mi boca abrasada, sí! Contento  
 y satisfecho, vuestras alabanzas  
 diré, Señor. ¡Que el ángel del martirio  
 es el ángel más bello entre los ángeles  
 que conducen las almas hasta el cielo!

Diciembre, 1821.

ODA QUINTA

A LA ACADEMIA DE LOS JUEGOS FLORALES

*At mihi jam puero caelestia sacra placebant,  
 Inque suum furtim musa trahebat opus.*

OVIDIO.

Vosotros, cuyo imperio  
 poético y sublime,  
 de la orilla del Ródano  
 á las riberas del Ador dilátase;  
 vosotros, cuyo arte omnipotente  
     es alegre delirio,  
 reyes de los combates, de los cantos,  
 monarcas de los juegos de la lira,  
 del saber del amor nobles maestros:

Como cuando nació, tan hechicera  
 vuestra musa se ríe  
 de dolores y años;  
 el tiempo cuando pasa  
 su eterna infancia respetar parece,  
 y la gloria, cubriéndose á sus ojos  
     de púdica inocencia,  
 esconde sus laureles bajo flores.

¡Salud! Aun siendo niño,  
 cogí para mi madre  
 algún humilde ramo

en los sagrados bosquecillos vuestros;  
 vuestra mano ofrecióse  
 á la mía sin fuerza y temeraria;  
 un extranjero siendo entre vosotros,  
 acogido me habéis como un hermano,  
 y habéis hecho que tome  
 en los banquetes vuestros un asiento.

Entre los nobles jueces de la arena  
 fué el atleta admitido,  
 vencedor aún muy débil;  
 y jamás, sin embargo,  
 errando por los montes del Pirene,  
 á ninguna hechicera castellana,  
 al son hospitalario de mi cuerno,  
 su dulce sueño había interrumpido.

Jamás cantado había  
 los mágicos jardines  
 de una hada de esferas alejadas,  
 ni había, por la tarde,  
 para encantar á damas más severas,  
 junto al hogar contado  
 las hazañas de viejos trovadores  
 y los amores de los paladines.

Os pintarán, con voz inmortal, otros,  
 días dichosos, sones más alegres.  
 A mí me pone mi dolor á prueba  
 y de él vienen mis cantos.  
 Yo sufro y doy consuelo y mi fiel musa  
 se acuerda de los muertos.

Mayo, 1822.

ODA SEXTA

A M. DE CHATEAUBRIAND

EL GENIO

Los hombres no nacen de las circunstancias, éstas los exhiben; descubren, por decirlo así, la realeza del genio, último recurso de los pueblos extinguidos. Estos reyes que no tienen nombre de tales, pero que verdaderamente reinan por la fuerza del carácter y la grandeza de los pensamientos, son elegidos por los acontecimientos en que ellos deben mandar. Sin antepasados y sin posteridad, los únicos de su raza, una vez llenada su misión, desaparecen, dejando órdenes al porvenir que éste ejecutará fielmente.

F. DE LAMENNAIS.

I

¡Desgraciado del hijo de la tierra  
 que en este mundo injusto  
 lleva dentro su alma solitaria  
 un rayo del espíritu divino!  
 ¡Desgraciado de él! La impura envidia  
 se encarniza en su vida irreprochable

cual un eterno buitre;  
y feroz, irritada de su triunfo,  
da el castigo á este nuevo Prometeo  
de haber arrebatado  
los fuegos celestiales.

Cual fantasma celeste  
la gloria se aparece desde lejos  
á sus tristes pupilas,  
sufre de sus sonrisas imperiosas  
el desgraciado yugo.  
Así la débil, tímida avecilla,  
pretende huir en vano  
de la hidra vil, pérfida,  
cuyo ojo la hechiza y la persigue;  
vuela de rama en rama,  
luego acude y perece, pobre víctima,  
de la mirada que la ha seducido.

O si á la postre ve lucir la aurora  
del día á sus esfuerzos prometido;  
si viviendo corónase su frente  
con el laurel que sólo  
crece para los muertos;  
la injuria impune, la ignorancia altiva,  
el odio y los errores,  
precipitan sus días inmortales,  
dando así del dolor excelso ejemplo;  
y en su templo la gloria le da entrada  
para en su propio altar sacrificarlo.

## II

No obstante, aún cuando fuera necesario  
ser presa del dolor y la injusticia,

¿quién dejaría de aceptar con júbilo  
el genio al precio de la desventura?  
¿Qué mortal, al sentir dentro su alma  
cual la llama celeste  
que obscurecer el tiempo no podía,  
potente se despierta,  
querría, de su triunfo temeroso,  
de su porvenir noble y desgraciado  
alejarse, en el seno  
de una dicha que pasa  
sin dejar ni memoria?

Chateaubriand, lo atestiguo:  
tú, que fuera de sitio entre nosotros,  
recibiste del cielo el don funesto  
que hiere nuestro orgullo;  
cuando debe tu nombre  
sobrevivir á todas las edades,  
gigante, ¿qué te importa  
con sus ultrajes este pueblo enano?  
Todo debe rendir tributo al genio.  
¡Ellos no tienen más que la calumnia  
cual sólo su veneno la serpiente!

¡El odio envenenado desafía!  
Riese el navegante  
de las olas que bullen  
cuando entra su popa coronada  
en un puerto seguro  
al abrigo del viento.  
Por tiempo prolongado,  
ignorado en el mundo, tu navío  
luchó contra las olas,  
próximo á sepultarse con frecuencia.  
¡Así el antiguo Homero, en otro tiempo,  
desconocido erraba

por la tierra que un día  
llenara con su nombre!

## III

Todavía muy joven,  
cuando Francia enlutada  
de las manos del crimen  
recibió sus cadenas,  
huyes; el fuerte soplo que te anima  
en el otro universo despertóse.  
Contemplando confuso  
sus extensas orillas,  
todos aquellos ríos caudalosos,  
todas aquellas selvas aún vírgenes,  
te despedías ya de los humanos;  
porque en aquellos sitios  
por el hombre ignorados, cuando menos,  
sus pasos todavía  
del Señor no han borrado las señales.

Volviste al fin en tiempos más tranquilos  
á pisar esta tierra de las artes,  
en donde de Virgilio el laurel crece,  
donde del César caen las murallas.  
Humilde y dominada viste á Grecia.

¡Tirteo ya no existe!

En aquel pueblo, grande en otro tiempo,  
ahora los griegos doblan  
sus cabezas serviles,  
y sobre las Termópilas se alza  
la torre del tirano.

¡Ay! Aquellas ciudades  
que la historia enaltece

hoy lloran á sus hijos aguerridos;  
el antiguo recuerdo de su gloria  
no habita nada más que en sus ruinas.  
Los dioses han huído; en las praderas,  
¡adiós teorías puras!  
Ni juegos, ni conciertos, ni gimnastas,  
ni santos. ¡Adiós fiestas paternales!  
El poderoso bronce  
ronca en los Dardanelos  
y los desiertos templos sólo turba.

Mas si la Grecia se halla sin prestigios,  
tú tenías noticia  
de lugares solemnes,  
en donde hay vestigios más sagrados,  
donde hay monumentos más eternos.  
Sabías dónde se halla  
Jerusalén esclava y oprimida,  
tumba de vida llena  
que un pachá pisa sin remordimiento;  
conocías también del mismo modo  
al Beduino de Numidia hijo,  
conocías Cartago, y la Pirámide,  
tienda petrificada de la muerte.

Al hogar de tus padres regresaste,  
llevando por tesoro  
los males de las costas extranjeras  
y las altas lecciones de la suerte.  
Depusiste tu lira.

La razón que te inspira, desde entonces  
habló por la voz tuya en el Senado,  
y confió la libertad sagrada,  
su causa, al brazo tuyo  
defensor de los reyes.

En esta arena donde se te admira,  
 tú vives satisfecho  
 de haber luchado tanto,  
 por el doble martirio  
 del genio y la virtud honrado viéndote.  
 Prosigue así; nuestra esperanza llena,  
 sirve á tu ilustre príncipe y á Francia  
 cuyos destinos hoy van á cumplirse.

La soberbia anarquía  
 palidece delante  
 de tu tranquila frente  
 que no palideció por un tirano.

Que la voraz envidia  
 unida á los perversos,  
 con sus fieros clamores  
 te persiga doquiera,  
 hijo del genio, pues que te sustrae  
 tu noble vuelo á esos rumores viles.

El pájaro asimismo,  
 que está de las Tormentas en el cabo,  
 ve sobre nuestras frentes  
 como arrollan las nubes  
 sus olas sediciosas;  
 él, lejos del ruido de la tierra,  
 mecido por su vuelo solitario,  
 va á dormirse en los cielos.

Julio, 1820.

ODA SÉPTIMA

LA HIJA DE O-TAITI

Pero ¿qué hace entretanto  
 aquel á quien con su dolor espera?  
 Sin duda es que no ama  
 el á quien ama ella en tal manera.

ALFRED DE VIGNY. *Dolorida.*

«¿Quieres huir? ¿Y la inconstante vela  
 muy pronto marchará de estas riberas  
 ante mis tristes ojos? Esta tarde  
 oía, en el insomnio que desvela,  
 del marino las notas plañideras;  
 y ¡ay de mí! al escucharle,  
 mientras su alegre tienda replegaba  
 con sus festivos gritos, yo lloraba.

»¿Por qué de aquí alejarte?  
 Ingrato, ¿á qué marcharte?  
 En tus tierras lejanas y extranjeras  
 ¿el cielo es más hermoso?  
 ¿Te es aquel suelo menos doloroso?  
 ¿Te llorarán los tuyos cuando mueras,  
 y tus cenizas estarán cubiertas  
 de un plátano mortuorio de ancha hoja,  
 sin que su fruto nadie osado coja  
 ni sus flores abiertas?

»¿No te acuerdas del día venturoso



en que te trajo un saludable viento?  
 En nuestro bosque virgen, silencioso,  
 mis ojos encantados te miraron;  
 y cuando me llamó tu dulce acento  
 mis oídos te oyeron.

Antes de entonces, nunca te encontraron  
 en mi isla y jamás te conocieron,  
 ni nunca habían visto tu semblante,  
 y al llamarme yo fui hacia ti, no obstante.

»Yo entonces era bella,  
 pero dejó mi llanto la honda huella  
 que marchita mi cara entristecida.  
 No te vayas, ¡oh joven extranjero!  
 Pasaremos los dos el día entero  
 hablando de tu madre tan querida;  
 cantar me gusta oírte placentero  
 de tu patria los cantos y loanzas,  
 me gustan de tu Dios las alabanzas.

»Tú llenarás mi vida de consuelos;  
 me pongo por entero en manos tuyas.  
 ¿Qué te hice ¡ay de mí! para que huyas?  
 Yo seré dulce y buena;  
 no te alejes aún de nuestros cielos;  
 consolaré tu pena  
 y los dolores que tu pecho inflaman,  
 y yo te llamaré como te llaman  
 en el bello país de tus abuelos.

»Si tú lo quieres, yo seré tu esclava  
 con tal que tu mirada ante mi vista  
 brille como brillaba.  
 Quédate, sí, ¡oh joven extranjero!,  
 y huirá ese pesar que me contrista  
 y volveré á ser bella

y será mi semblante placentero.

Pero ¡ay! vida mía,  
 como á la golondrina pasajera,  
 á ti no se te tiene más que un día...  
 Yo en cambio te amaré hasta que me muera.

»¡Ay, tú quieres marcharte!  
 En los montes que vieron alejarte,  
 sin duda alguna, una feliz doncella  
 espera tu regreso  
 guardándote de tiempo su sonrisa...  
 Pero ¿qué importa eso?  
 Yo iré contigo y le seré sumisa  
 y la encontraré bella,  
 y tal vez algún día  
 la amaré si su amor es tu alegría.

»De mis ancianos padres alejada,  
 de mí enorgullecidos,  
 tan lejos de estos bosques escondidos  
 donde acudí á tus brazos cautivada,  
 en donde se juntaron nuestras almas;  
 tan lejos de estas flores y estas palmas,  
 no viviré ni un día...  
 Sí, déjame seguirte;  
 aquí sola también me moriría  
 y allí, al morir, al menos podré oírte.

»Si el humilde banano tu llegada  
 acogió, si algún día de tu vida  
 me amaste, no me dejes desolada.

Tu isla desconocida  
 no quieras ver no estando yo á tu lado,  
 por miedo de que, errante por el cielo,  
 vaya mi alma en triste desconsuelo  
 persiguiendo tu paso acelerado.»